

BOGOTÁ ESPACIO DE UNA NOVELA 450 AÑOS

Como dice mi amigo Eduardo Jaramillo Zuluaga (1), desde la fundación de Bogotá, los escritores colombianos, cronistas, poetas y finalmente novelistas, se han esforzado por describir la ciudad en términos que corresponden a una conocida tradición literaria del infierno. Esto no es independiente de la concepción misma que del espacio social, encarnado por la ciudad, posee el artista y en especial el novelista. Recordemos los acercamientos teóricos al género realizados por Lukacs, Goldmann y Batjín. Con razón Ernesto Volkening decía: "La urbe se trasmuta merced a la ampliación del horizonte. Se endiosa y a la vez es seductora y vagamente destinataria de ancestrales arcanos" (2).

Volvamos a los cronistas. El primero es Juan Rodríguez Freyle quien se sirve del Antiguo Testamento remontrándose a la condena de Luzbel y a la

expulsión del Paraíso, para decir que el demonio anda por estas tierras e infunde pequeñas ambiciones y lujurias de aldea en odores y damas de la colonia. En *El Carnero*, Bogotá es un pequeño en manos de Satán. Y Jorge Isaacs de alguna manera reitera esa imagen al presentar una ciudad poblada de mujeres infieles. Las creencias de su personaje Edmigio serán luego retomadas en *La Vorágine* por Romero Estebanis. En síntesis, ¿qué es Bogotá? La ciudad de las mujeres perdidas. Para algunos la ciudad es promiscuidad y para otros el espacio triste y agobiado por represiones que ocultan o niegan los paraísos del cuerpo. Por eso es necesario viajar al mar, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, para encontrar las sensaciones que se han perdido. Y "el universal", José Asunción Silva repite una y otra vez en "Día de Difuntos" que Bogotá es luz vaga, día opaco,

llovizna, cal que moja, ciudad desierta y fría. Podríamos pensar que son las impresiones de un poeta "raro", según la expresión de Baudelaire y sin embargo cuando Aureliano Segundo llega en busca de Fernanda, se introduce a una ciudad donde todas las campanas tocaban a muerto. Bogotá, un lugar de perdición a un lugar en donde la sensorialidad ha sido amordazada pero en definitiva, desde los cronistas, una ciudad en la que sería mejor no vivir.

(1) Conferencia dictada por Eduardo Jaramillo sobre la obra de José Luis Díaz Granados, *Las Puertas del Infierno* con motivo de la presentación de las obras nominadas al Premio de novela Rómulo Gallegos.

(2) Volkening, Ernesto. "Literatura y gran ciudad" en: *Ensayos I*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976. Colección Autores Nacionales, 6. P. 76. Este ensayo apareció inicialmente en la Revista Eco.

Marino Troncoso, S.J.

¿Somos justos con esta afirmación? ¿Es realmente tan insoportable Bogotá?, el ya mencionado Ernesto Volkening se preguntaba: "Bogotá hallará a su novelista? Será capaz de engendrarlo en sus propias entrañas y a través de su epopeya se conocerá algún día a sí misma?" (3). El indicaba el núcleo del problema: es necesario el arte para conocernos. Es necesario ver, en las tardes, esa cara que nos mira desde el fondo del espejo para sentir que se nos revela nuestra propia cara-Borges- nuestra propia ciudad. Quizás ya existen esos novelistas y debemos acercarnos a los textos urbanos que rompen con el provincianismo tradicional buscando temas, lenguajes, visiones de mundo y sobre todo las raíces de una identidad. En las anteriores opiniones de cronistas y poetas, aunque provengan del mundo de Macondo, las visiones provienen de afuera y postulan una pregunta: ¿Cómo se ve Bogotá desde dentro? No olvidemos lo que decía Helena Araújo al hablar de los escritores de la década del sesenta: "La ciudad llega a ser materia de tratamiento estético brindando, al mismo tiempo, una posibilidad de comprensión de la historia" (4). Recordemos algunos autores. Algunas obras que podríamos leer en estos días y que podrían acompañarnos para proyectar de otra manera tantos festejos.

El primer autor mencionado, sin duda, debe ser José Antonio Osorio Lizarazo, quien nació en Bogotá, 1900, estudió en el colegio de San Bartolomé y recorrió constantemente la carrera séptima. Periodista, burócrata, hombre errante con profunda experien-

cia del fracaso en la política y en lo social. Hombre que sufrió escasez, desamparo y que vivió pulgada a pulgada cada una de las situaciones que más tarde serían configuración de sus héroes y temas de sus novelas. El Veía, "Veía" con mayúscula, una Bogotá: "Mar de tejados rojos; ciudad de uno, cuando más, de dos pisos, en la que descollaban las torres y cúpulas de muchas iglesias, algunos edificios de bancos en el centro y una que otra fábrica en la periferia". Pero él vio también otra ciudad a través de la mirada que viene de otra parte, del campo, de la violencia política. Eran los comienzos de mitad del siglo cuando se vivía la transición de pueblo grande a la urbe masificada. Recordemos títulos: **La casa de la vecindad**, **el Día del odio**, **Hombre sin presente** y **Camino en la sombra**, Premio Literario Esso 1965. Es en esta última novela, **Camino en la sombra**, donde encontramos su mayor elaboración de la ciudad. El relato se inicia a principios de siglo en la época de Rafael Reyes presentando una ciudad que se aglutina al pie de los cerros. El espacio referencial narrativo es el barrio de las Nieves que condensa una ciudad burguesa donde la avaricia y la codicia están al servicio de la laboriosidad para conseguir los primeros capitales. Esos

textos, memoria de los años veinte y treinta, inicios de la novela urbana en Colombia, son retratos y radiografías de la experiencia personal y colectiva que penetran la angustia diaria, la supervivencia y la infinita inconformidad. La escritura de Osorio Lizarazo no es la del Luis Fayad de **Los parientes de Ester**, su ciudad no alcanza la categoría de personaje. Si bien es cierto que en Osorio Lizarazo persiste la visión maniquea de cronistas y poetas, él fue el primero en querer proyectar a Bogotá como elemento estructurante del mundo narrativo.

Y luego vinieron Manuel Zapata Olivella, nacido en Lórica con **Detrás del rostro** en 1963 y José Stevenson, natural de Santa Marta con **Los años de la asfixia** en 1967. En definitiva, Bogotá es la ciudad de todos, y el segundo paso lo dieron escritores que vinieron de otras partes. Mientras en **Detrás del rostro** la ciudad se ve a través de los ojos del gamín, fruto de la violencia política, fruto del trauma del Tolima, en **Los años de la asfixia** la mirada se centra en la Universidad Nacional, en sus estudiantes, sus compromisos, sus incoherencias. En ambas novelas se supera el realismo naturalista de Osorio Lizarazo captándose la realidad desde la conciencia aunque se copien modelos del ya famoso "Boom" de la literatura latinoamericana y sobre todo de **La ciudad y los perros** de Vargas Llosa. se copia porque todavía la visión no ha encontrado su lenguaje: es arrastrada por la realidad y no tiene tiempo de elaborarse como creación. ¡En Bogotá siempre ha faltado tiempo!

(3) Ibidem, p. 92.

(4) Araújo, Helena. "La novela colombiana de la década del 70". En: **Revista Eco**, N° 230, diciembre de 1978.



Es necesario un breve paréntesis: El 9 de abril abrió brecha en nuestra historia y también en nuestra narrativa. Su significación como suceso se introdujo rápidamente en la memoria de la ficción. Recordemos las palabras de Pedro Gómez Valderrama a Arturo Alape: "Ver toda una ciudad como vi a Bogotá. Las calles con unas llamas que doblaban la altura de los edificios; cadáveres tirados en las calles, disparos cruzados, policías sueltos, enardecidos, es algo feroz, sobrecogedor. La gente con machetes, con escarpelas, con fusiles, con revólveres pero, además enloquecida de ira, de desesperación" (5). A partir del 9 de abril la ciudad despertó

y ya nunca volvería a ser la misma. Y surgieron las imágenes: imágenes de **Estaba la pájara pinta, sentada en el verde limón**, imágenes de **Una y muchas guerras**, imágenes que se repiten buscando pasados o futuros **Días de fuga**, como bien lo ha plasmado Plinio Apuleyo Mendoza. Eran los recuerdos de Ana, la niña de la zona cafetera que revive el Bogotá del 48 coincidiendo con la infancia de la novelista Alba Lucía Angel. Es la mirada del futuro escritor-niño que no duerme en las noches de Pensilvania. Mirada de Alonso Aristizábal que va de una violencia a otra, de los campos a los apartamentos en el continuo **Juego de damas** de Moreno Durán o el **Juego de mentes** de Perozo. Y ninguno de Bogotá: Tunja, Pereira, Cúcuta...

Y llegamos a Luis Fayad quien, continuado la línea trazada por Osorio Lizarazo, cuenta de nuevo a través de una breve historia un amplio mundo. La ciudad, más que una silueta, son los resquicios sociales y económicos, la oposición de las diferentes clases y la burocracia oficial, los desempleados y los estudiantes (6).

En **Los parientes de Ester**, plasma la estrecha sicología de un hombre sin conflictos, de desgarrada trascendencia vacua. Es lo inmediato de la pobreza, de la mentira, de la insatisfacción social, del desamor del pequeño comerciante que busca cierta holgura, del gran capitalista y toda su avidez. Novela de hombres con problemas y no de personajes. Novela cuyo tema siempre ha sido destacada por Héctor Rojas Herazo, aquel que no ha sido y nunca será lo suficiente-

mente bien tratado en ningún orden de ficción: el hombre a quien no ocurre nada. Un hombre que oye el fluir del tiempo sintiendo pasar esquivas de eternidad. Es la aparición del anti-héroe, a partir de quien se desarrolla el espacio de la ciudad. Es Leopoldo Bloom, el anti-Ulises de Joyce en Dublín. Es el yo consciente que se instala en algunas zonas purgativas del recuerdo en **El astillero** de Onetti y en los largos monólogos de **Celia se pudre**. Imagen también concretizada por Ricardo Cano Gaviria en su relato-monólogo-diario *Prytaneum*, 1981. Imagen de una ciudad bastante deplorable, sucia, gris y burocrática. Una ciudad enrevesada, lluviosa y constantemente amenazada por el luctuoso hormiguear de los paraguas. Una ciudad que no se toma en serio y que se parodia en las novelas de Fayad y Moreno Durán frente al concepto que se tenía antes de "Atenas Suramericana": Provincialismo Ilustrado. Con razón Kundera habla de la ironía de la novela que purifica y destruye dogmas: la novela no es otra cosa que un homenaje, y homenaje sin mentiras.

Con José Luis Díaz Granados se da un paso más al situar la pregunta por la ciudad en el origen del texto narrativo: "Desea usted saber cómo es

(5) Alape, Arturo. *El Bogotazo, memorias del olvido*. Editorial Pluma, 1983, p. 611.

(6) Complementando este tema se puede leer el artículo de Luz Mery Giraldo de Jaramillo. "Juego de Damas: el espejo roto y la desmitificación de una imagen". *Universitas Humanística*, Vol. 15 N° 25.



Bogotá en las horas de la madrugada después de haber llovido durante la noche?" La ciudad deja de ser el lugar de conflictos, conflagraciones políticas y el espacio de la lucha por la sobrevivencia para convertirse en el ir y venir de razonamientos metafísicos: no en vano José Kristian es un estudiante de Teología. Estamos en **Las Puertas del Infierno** acompañados por Kafka y por Joyce. Bogotá se diluye detrás de un lenguaje que en vez de decir el mundo niega la transparencia en su propio espesor. No importa la ciudad. Importa el libro y si a la primera se la menciona no es como naturaleza sino como la forma perfecta de una caída. Es la historia de un cuerpo que está en las calles y busca la penumbra en medio de Los Mártires, La Plaza España, La Carrera Décima, donde el sector hierve de ramerías, travestis, policías y maleantes. Casas de la Carrera Trece con 45, donde el espacio se convierte en nostalgia de olor a dulce de papayuela o de piña, crema de café, de miel, de picadura de pipa inglesa, botellas de licor añejo, olor a aceite.

Bogotá, espacio de una novela. 450 años. De **El Carnero** a **Las Puertas del Infierno**; del acontecer externo al interior de una conciencia labrada por casonas solitarias que caen bajo los edificios, y cerros expectantes que se sienten explorados y saqueados en sus misterios. Multitud de barrios, multitud de textos: **Fiesta en Teusaquillo** de Helena Araújo, **Entre ruinas** de Héctor Sánchez, **El amanecer de la noche** de Alberto Aguirre. Bogotá, ciudad de todos y recreada por los hijos que ella ha adoptado.

Recordemos, para terminar, las palabras de Héctor Rojas Herazo:

Sintió la ciudad erizada, aullante, mandando sus colmillos. Pasaban mujeres sólidas, ensimismadas, toscamente, con las mandíbulas apretadas por un terco deseo y hombres que aparecían urgidos por la necesidad de recibir un encargo trascendente o fueran a retirar de algún enigmático lugar un sobre lacrado que contuviese la total y sobrehumana solución a todos los pesares del mundo.

Miró hacia arriba, hacia diferentes tramos de aquel cielo. Los edificios conformaban la cresta de la gigantesca bestia. La ciudad estallaba. Se sintió inútil, como nunca abandonado y sediento, presiones de la ciudad, en su colosal obsesión... Un enrevesado desfile de sombreros, zapatos inacabables, tímidos, lustrosos o vilipendiados, ventanas cerradas y distantes, suspiros poderosos y rostros, rostros, rostros, interminables, arrogantes, tozudos, planetarios. ¡Por Dios, hay que salvarse! Hay que salvarse rápido, a cualquier precio. (**Celia se pudre**, p. 772).

Sentimos la necesidad de ser salvados y nos salvamos aquí o no hay salvación ♦

